

Alejandro Cortés González

Del relámpago nacerán luciérnagas

Del relámpago nacerán luciérnagas
Alejandro Cortés González
Esquina Tomada Ediciones
Bogotá, 2018.



Tomado de <http://bit.ly/2N4I750>

Una práctica equilibrada de la forma, sin el extremo ampuloso que termina por desperdiciar muchos de los intentos narrativos del momento y un conocimiento eficaz de ambientes y tipologías humanas, nos permite avanzar en la lectura de la novela *Del relámpago nacerán luciérnagas*, de Alejandro Cortés González. Entre la realidad y el desvarío (esa realidad suburbana en disparidad con el ideal de los personajes), el enclave familiar nos presenta un conflicto terciado por la entrega germinal de la aventura y los trances de una vida trillada por la enfermedad.

Otros registros narrativos, entre ellos *Notas de inframundo*, Premio de Novela Breve de la Universidad Central (2009), anteceden esta demanda entusiasta por el laberinto de fracasos, afirmaciones y tentativas del núcleo colateral forzado a la solidaridad ante los asaltos de una relación escoriada por la pesadumbre. Aunque el origen colombiano del binomio música-literatura se instala frecuentemente en las primeras manifestaciones del jipismo en los años sesenta con una juventud desbocada hacia los valores del amor libre, la droga y la modulación *pop* contra los estropicios globales de la guerra, tras la embriaguez producida por el Festival de Ancón en la periferia de la ciudad intermedia, una lectura juiciosa nos desplaza a épocas remotas de nuestra literatura en relatos, cuentos y novelas en los que el gusto y el jolgorio condensan unos modos, unas costum-

bres y unos tiempos afines al candor y la melancolía.

A partir de Andrés Caicedo y su novela *Que viva la música* (1977), algunos autores recobran el interés por un tema cargado de nuevos significados, allí donde las canciones e incluso la experimentación de ritmos afectan comportamientos y formas de pensar de jóvenes y adultos hechizados por esa ola de liberación y apartamiento de modelos ancestrales. En *Conciertos del desconcierto*, de Manuel Giraldo-Magil, Premio Nacional de Novela (1982), la trama recobra el espíritu colectivo, la autonomía del grupo y la fuerza de un personaje que bien podría alternar con los íconos de la nueva poesía latinoamericana. Un homenaje a las bandas del rock nacional como los Daro Boys, los Speakers, los Ámpex, etcétera. La narrativa de Magil se abre hacia las culturas híbridas del exilio en un cruce de fronteras agitado por el “profeta del ruido” en oposición a la segregación de la sociedad decadente.

Otras obras como *Opio en las nubes*, de Rafael Chaparro Madiedo, Premio Nacional de Literatura (1993) y *Érase una vez el amor pero tuve que matarlo* (2017), de Efraím Medina Reyes, coinciden en exaltar los arquetipos del género musical: The Beatles, Jimi Hendrix, Pink Floyd. Asistimos al estrépito de la ciudad delirante con sus desventuras, sus pasiones, su rebeldía y la incapacidad de ofrecer una vida sostenible a los soñadores de un tiempo socialmente

segmentado por el discurso institucional y macerado por la violencia.

A ese conjunto de novelas se suma *Notas de inframundo* con una prosa ágil cimentada en la comprensión del medio y un aporte a esa tradición musical valorada o subvalorada por el narrador en *Del relámpago nacerán luciérnagas*: “Me fijé en el libro que tenía Valentina / Se llamaba *Notas de inframundo* / Leo me dijo que era una novela sobre el *metal* en Colombia / Yo nunca había oído de novelas sobre *metal* / No creo que sea buena [...] Tal vez esa novelita sobre el *metal* no sea tan mala” (p. 172). Una fluctuación superable en la sedimentación de la teoría literaria orientada a la crítica y, para el caso, a la consolidación autocrítica al servicio de la estética.

A una corriente más antigua apunta este segundo texto. El viaje de la especie por la entropía, el acumulado de competencias médicas y la acotación trágica de la sociedad languidecen en el umbral de las edades y aparecen de manera frecuente en los relatos bíblicos hasta afinarse en los géneros literarios: poesía, tragedia, relato, novela, cuento, crónica, tratado. La enfermedad reluce como antesala de la muerte y esta como antítesis de la vida, ambas en un viaje alucinante de deformación fecundada por la peste, fuente inagotable de ciertas figuras monstruosas pregonadas por el sistema gótico. En la preocupación por el estado del cuerpo y de la mente vislumbramos los incentivos para la producción de obras como *La montaña mágica* de Thomas Mann, *La piedad peligrosa* de Stefan Zweig o *Una muerte muy dulce* de Simone de Beauvoir, novelas amoldadas a la Babel de la cultura europea en periodos de confrontación.

Dos historias sin conexión aparente conducidas por voces separadas (autor-narrador-personaje femenino) reconstruyen pasado y presente, arrojan un hilo sutil de reencuentro en el plano general y conservan el ritmo acompasado al argumento. Un

texto en el que el aliento concertado de lealtad, si bien coincide en mucho con la novela urbana de las últimas décadas en Colombia, pone sobre un mismo soporte espacios, personajes, objetos, tiempos y conflictos. La pintura al detalle no hace más que confirmar el inframundo de la clase media capitalina, entorno reservado a la protagonista que acaba por rendirse a la influencia mediática en un hábitat asfixiante predeterminado por la realidad virtual y la alienación masiva.

Prima la imagen omnisciente de *El lago de los cisnes* y el invariable reintegro a los caminos de la danza en un vuelco de *flash back* en el que lo exótico impone su dinámica propia y completa la metáfora de luces y sombras, frustraciones y conquistas. Algo apenas natural en un autor consciente de su inspiración. Más allá del entorno doméstico —del cual el narrador es un asistente aplicado—, a la vista del lector se abre un abanillo de opciones cosmopolitas, lenguas y vivencias tan diversas como inquietantes.

Casi al final viene la voz lírica: poeta arriesgado al difícil arte de la novela, Alejandro Cortés suelta las amarras del verso como acto de libertad expresiva en el que los atributos de género sufren la auténtica metamorfosis del creador. La coartada onírica (esa realidad corroborada en la parcela exclusiva de lo irracional) sugiere la necesidad de un título articulado a la percepción del color: “Lámparas enormes en el techo / Columnas de mármol / Paredes que explotaban en luz blanca / Ni sepia ni amarilla / Blanca perfecta / Los vestidos de los danzantes y el vestido de mi abuela brillaban / como fuentes de luz” (p. 167). Es la música la que cierra el entreacto de amistades y sobresaltos, de búsquedas y afirmaciones. Por último, nos queda la certeza de haber asistido a una velada gratificante en medio de la incertidumbre. ■

JOSÉ MARTÍNEZ SÁNCHEZ

Narrador y ensayista.